

## Joan Maragall y las letras españolas

Adolfo SOTELO VÁZQUEZ

Universitat de Barcelona

sotelo@ub.edu

**Résumé :** On décrit ici la présence de Joan Maragall dans les lettres espagnoles : Unamuno, Azorín, Martínez Sierra et la revue *Renacimiento*. Ces références ont une incidence sur certains aspects de l'éthique et de l'esthétique du poète et intellectuel barcelonais. On développe aussi un aspect des relations culturelles de la Catalogne et de l'Espagne.

**Mots-clés :** Maragall, Unamuno, Azorín, Martínez Sierra, *Modernisme*, relations Catalogne et Espagne.

Maragall vivirá, como gran poeta ibérico,  
español, porque ha llegado a las raíces  
comunes de los pueblos ibéricos. Y ha llegado  
a ellas en su lengua, naturalmente.

(Miguel de Unamuno, «Carta a Román Jori», 21-II-1911)

Avui l'obra de Maragall està per damunt de  
qualsevolt forma de reacció passional.

És un fet de la realitat.

(Josep Pla, *Joan Maragall. Un assaig*, 1964)

Desde luego no es mi pretensión alumbrar la proyección del pensamiento, la poética y la poesía maragallianas en las letras españolas del siglo XX. O evocar o descubrir huellas de sus quehaceres estéticos y poéticos en los poetas en lengua castellana, aunque mi maestro, Antonio Vilanova, abrió el camino filológico relacionando a Maragall con Juan Ramón Jiménez. No obstante, no quiero desaprovechar esta ocasión para recordar la viva voz de JRJ diciéndole a Juan Guerrero (28-IX-1915), a propósito de un viaje nunca realizado a Barcelona, a fin de pasar algunos días junto a López Picó, Carner, Alexandre Plana y Joaquim Montaner:

Maragall era un gran poeta, un poeta puro, de gran sensibilidad. Juan Ramón habla con entusiasmo y me cita fragmentos de poesías que elogia sinceramente [...]. Me animó a leer todas las obras de Maragall<sup>1</sup>.

Juan Ramón conocía bien a Maragall. Dos empresas periodísticas, *La Lectura* y *Renacimiento* habían facilitado la aventura española de la obra de Maragall, como luego

---

<sup>1</sup> GUERRERO RUIZ, Juan. *Juan Ramón de viva voz. Volumen I (1913-1931)* (ed. Manuel Ruiz-Funes), Valencia: Pre-Textos, 1998, p. 39. Puede completarse la información en SOTELO VÁZQUEZ, Adolfo. «Acerca de Juan Ramón Jiménez y Cataluña». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 65 (2007), p. 7-27.

apuntaremos, complementando el benemérito trabajo de Lluís Quintana sobre Francisco Acebal y Joan Maragall<sup>2</sup>.

Sin embargo, quede este breve preámbulo como además de un trabajo que puede y debe hacerse: analizar las internas relaciones entre los dos grandes poetas del modernismo peninsular. Será un trabajo muy fecundo.

## I

Son contados los epistolarios de la intensidad del mantenido por Miguel de Unamuno y Joan Maragall desde 1900 a 1911. Y ello no es una nota baladí, pues tanto el poeta barcelonés como el catedrático salmantino desarrollaron una correspondencia de gran densidad e información insoslayable para el conocimiento de sus personalidades, sus obras y su circunstancia. En dicha correspondencia se fragua la primera instantánea de las tres miradas que sobre Maragall, intelectual y poeta, les quiero abocetar en esta mañana de París.

Unamuno dedicó numerosas reflexiones –mejor, inquietudes– a Maragall. Tres textos son la referencia: el artículo «En la muerte de Maragall» (*La Publicidad*, 23-XII-1911), el ensayo «Leyendo a Maragall», publicado en dos entregas –7 y 22 de marzo de 1915– en el periódico bonaerense *La Nación* y el «Prólogo» al volumen XVII de las *Obres Completes* de Maragall, fechado en Salamanca en abril del 34. El volumen se ofrecía bajo el marbete de *Problemas del día*.

El artículo necrológico tiene exclusivamente una dimensión humana, sentimental. Pocas ideas impiden el fluir apasionado de Unamuno, que exalta la dimensión de poeta y la condición fraterna de su interlocutor epistolar durante una década. El «ramillete de cartas admirables, tan admirables como sus hermosos poemas»<sup>3</sup> es lo que Unamuno enfatiza, desde su pena y su dolor.

Pocos años después –finales del invierno de 1915– el inacabado ensayo «Leyendo a Maragall» (inacabado porque don Miguel prometía extenderse sobre «cuál fue la filosofía de Maragall»), presenta sus dos facetas: la del poeta y la del articulista. Como es habitual en el ensayismo unamuniano se parte de la más radical subjetividad: lee y relee a Maragall para «buscar nueva materia para mis obligados escritos y alimento para mi espíritu»<sup>4</sup>. Y, al mismo tiempo, y en virtud de la condición vertebradora de sus mejores ensayos, que no es otra que la búsqueda de interlocutor, lee y relee la labor fragmentaria de los artículos maragallianos como un diálogo de almas:

Y ha sido para mí una fiesta recorrer en pocos días, muy pocos, esta labor fragmentaria, de articulista periódico, de cerca de veinte años. Era como un nuevo conversar con mi amigo que goza ya de la paz y el silencio que tanto amaba y en el seno de su tierra catalana<sup>5</sup>.

---

<sup>2</sup> Cf. QUINTANA, Lluís. «Cartas de Francisco Acebal a Juan Maragall (1902-1910). Catalanismo y Modernismo en la revista *La Lectura*». *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XLVII (1999), p. 121-135.

<sup>3</sup> Cito los textos de Unamuno por *Joan Maragall y Miguel de Unamuno. Una amistad paradigmática* (ed. Carles Bastons). Lleida: Milenio, 2006, p. 146.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 150.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 150.

Advirtiendo que ante todo Maragall fue poeta, constructor de una lengua personal, de un estilo. Señalando al lector los rasgos del perfil del poeta y de la naturaleza de la poesía (que expone atando pasajes del articulismo de Maragall), el maestro vasco se detiene en los pasajes de eterna poesía que ofrece el periodismo de actualidad de Maragall. Digámoslo con absoluta rotundidad: Unamuno está convencido de la insobornable cualidad de poeta en catalán de Maragall, pero se empeña en atisbar los rasgos indelebles de poeta en «esta profesión de escribir periódicamente para el público»<sup>6</sup>.

Lector agudo y penetrante, conversador a tumba abierta, Unamuno señala la maragalliana identidad, casi religiosa de poeta, volcada, a través del ejercicio de escritor en castellano que conquista día a día a su público, en una voluntad de ciudadano que quiere que sus lectores piensen, se inquieten. La identidad de Maragall es la de poeta. Su destino fue el de escritor público. Unamuno recorre, con innumerables citas, el bosque del periodismo de Maragall y se detiene en una de sus joyas, el artículo «El trágico conflicto» (*Diario de Barcelona*, 4-IX-1902). Dice Maragall y suscribe Unamuno: «Es deber de todo ciudadano aportar a las cuestiones generales del Estado su individual criterio en la medida de su razón y por el medio que mejor tenga en su mano»<sup>7</sup>.

El medio de la escritura en la prensa, es misión que Unamuno entiende –al modo en que la entendía el último Leopoldo Alas, tan próximo a Maragall y a Unamuno– como un sacerdocio, como un apostolado que nutre de idealidad a la humanidad contemporánea.

Cerca de veinte años después, en el «Prólogo» a *Problemas del día*, Unamuno vuelve a la lectura del Maragall articulista, en donde resuena la sustancia de la historia y de la filosofía de la vida que intensa –fraguándose, haciéndose tumultuosamente– anida en su poesía. Unamuno que anda a vueltas con los artículos de carácter histórico y político, y que interpreta en presente perdurable, escribe categórico y certero:

Este sentimiento y esta contemplación de la verdadera historia, de lo que pasa y queda, es esencial en Maragall. Cabe decir que era no sólo su estética, sino su ética, su filosofía y hasta su religión. Tratando de detener la luz y el calor, o la tiniebla y el frío, del momento histórico, le encontramos entero y verdadero. Y resuena en la entereza y la verdad de nuestro espíritu<sup>8</sup>.

Dejo algunos cabos por anotar, lo cual no es óbice para entender el diálogo entre Maragall y Unamuno como ejemplar de un modelo de convivencia existencial y cultural, que no sólo no se debe arruinar, sino enaltecer. Al tiempo que convendría detenerse en la condición de espejo que la obra maragalliana tiene para la filosofía de Unamuno. Y viceversa.

## II

Lector impenitente y de una curiosidad intelectual constante, que quizás se ha olvidado demasiado, Azorín dedicó varios momentos de su polifónica obra a Maragall,

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 159.

<sup>7</sup> MARAGALL, Joan. «El trágico conflicto». *Obres Completes. Obra castellana*. Barcelona: Selecta, 1981, p. 651.

<sup>8</sup> *Joan Maragall y Miguel de Unamuno. Una amistad paradigmática. Op. cit.*, p. 173.

quien, por cierto, había advertido en el joven pulso de *El Alma castellana* (1900) y *Diario de un enfermo* (1901) los síntomas de la naciente literatura española del siglo XX<sup>9</sup>, como siguiendo un luminoso artículo de Joaquín Molas<sup>10</sup> he advertido en diversos lugares.

José Martínez Ruiz recordó en uno de sus impagables libros de memoria fragmentaria, *Madrid* (1941), sus contactos con Maragall en Madrid y publicó dos cartas barcelonesas de 1900 y 1901. En ambas, que son apasionantes aunque nazcan del acuse de recibo de las dos obras citadas, el discurso maragalliano tiene un denominador común: los libros de Azorín tienen la mejor cualidad de un libro (cito por la primera carta): «Para mí tienen la mejor cualidad de un libro: el ser vivo»<sup>11</sup>.

No puedo detenerme en el haz de sugerencias del capitulillo de *Madrid*, simplemente constatar que, recordando los días del Hotel de la Paz, de la carrera de San Jerónimo y del restaurante Lhardy, Azorín escribió en 1941: «Acaso fuera yo quien avanzó más en la amistad con Maragall. La conservé toda la vida»<sup>12</sup>.

A buen seguro esta afirmación azoriniana, sumada a la importancia que el prestigio de su figura tiene en el nacimiento de la colección «Áncora y Delfín» de Ediciones Destino (el primer título de la colección fue la recopilación de narraciones azorinianas, *Cavilar y contar*, 1942), derivó en el prólogo de la autoridad, en el empequeñecido panorama de las letras de posguerra, que Azorín antepuso a la reunión de una sesgada antología de trabajos en prosa de Maragall, que con el título de *Los vivos y los muertos* publicó «Áncora y Delfín» en el verano del 46.

A modo de paréntesis he dicho sesgada, porque el olvido de artículos tan significativos en el plano literario como «La joven escuela castellana» y, sobre todo, en el ámbito ideológico como «El pensamiento español», «El discurso de Lord Salisbury», «El trágico conflicto», «La patria nueva» o «El ideal ibérico» dan cabal idea de la voluntad de obviar o aligerar el nacionalismo catalán de la pluma maragalliana.

El prólogo de Azorín, calificado de excelente por Ángel Zúñiga, desde la crítica de libros de *La Vanguardia*, se resentía, así como la edición, de la ausencia de «una buena nota explicativa añadida a cada fecha, por la que se llegaría a la comprensión de la infinidad del momento que vive el poeta»<sup>13</sup>, según afirmaba con tino el inhabitual crítico literario del periódico barcelonés.

El prólogo de Azorín, fechado en agosto del 43, nos devuelve al escritor alicantino de los primeros años de la segunda década del siglo XX, cuando su microscópica sensibilidad dibujaba el perfil de los clásicos modernos, con sus valores siempre literarios, primitivamente estéticos. Primero sitúa al crítico, sus nostalgias y sus cavilaciones, incluso sus lecturas que actualizan la filosofía escocesa en Cataluña (Llorens i Barba y Martí de Eixelà). Después, sitúa al autor, caracterizado por la discreción y por la ausencia de pedantería. Retrata el ambiente social y el familiar. La desembocadura del prólogo funde al poeta y al crítico que hay en Maragall. Ciñéndonos al crítico, Azorín procura que la evolución mental de Maragall culmine en un momento

<sup>9</sup> Cf. SOTELO VÁZQUEZ, Adolfo. «Joan Maragall y la invención de la literatura española del siglo XX». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (2011, en prensa).

<sup>10</sup> Cf. MOLAS, Joaquim. «Joan Maragall i la generació de escriptors castellans». *Serra d'Or*, III (1961).

<sup>11</sup> AZORÍN. «Maragall». *Madrid*. Buenos Aires: Losada, 1967, p. 26.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 25. Pueden complementarse los datos en VALVERDE, José María. *Azorín, Obras Completas, 2. Interlocutores*. Madrid: Trotta, 1998, p. 222-224.

<sup>13</sup> ZÚÑIGA, Ángel. «Crítica de libros. Nuestro Juan Maragall». *La Vanguardia* (31-XI-1948).

que califica como «el más fino y el más patriótico. España está siempre en la mente de Maragall, y con España, integrada en España, Cataluña»<sup>14</sup>.

En realidad el prólogo azoriniano depuraba, como haría la antología, el pensamiento de Maragall, para encontrarle un lugar confortable en la oscuridad y el silencio de los años 40. Por ello remansaba en sensibilidad adormecida sus ideas con aristas. Y lo hacía a sabiendas, porque era el mismo crítico que «Leyendo a los poetas», en los albores de la Gran Guerra (serie de artículos reunida en *Andando y pensando*, 1929), había escrito en el artículo «Maragall» (*ABC*, 19-III-1914): «En el periodismo, Maragall ha realizado el gran prodigio de ser un gran periodista, un periodista con ideas, sin ser un periodista dialéctico y razonador.».

Ideas ensombrecidas o mutiladas en el interesante tomo de 1946.

### III

Hemos alcanzado el año 1907. Es el año en que se ponen en marcha dos empresas periodísticas que nos van a acompañar en estos minutos restantes. *La Cataluña* (*Cataluña y Catalunya*), revista semanal barcelonesa que, primero en castellano dirigida sucesivamente por Joan Torrendell y Miquel dels Sants Oliver, y después en catalán bajo la dirección de Josep Carner, pretendió establecer y fortalecer los lazos intelectuales entre Cataluña y España. Y *Renacimiento*, la afrancesada revista española (distribuida en París) que pese a su corta vida (diez números entre marzo y diciembre de 1907), supone, desde la dirección de Gregorio Martínez Sierra y en la órbita de Juan Ramón Jiménez, la plenitud del modernismo hispánico como apertura a la modernidad, corroborando tres libros capitales de la poesía española que ven la luz en 1907: *Poesías* de Miguel de Unamuno, *Soledades, galerías. Otros poemas* de Antonio Machado y *Baladas de primavera* (1910) de Juan Ramón Jiménez. En una carta olvidada de Martínez Sierra a Joan Maragall de comienzos de 1907, el escritor madrileño le comunica (con tono juanramoniano):

Muy pronto haremos una revista nueva, grande, seria, moderna y no modernista, amplia y no abierta, nuestra exclusiva y desinteresadamente nuestra. Somos muy pocos (desgraciadamente, y no porque falten, sino porque sobran). Ha de figurar en ella todo lo nuevo que tiene autoridad<sup>15</sup>.

Vayamos por partes. Decía que hemos alcanzado el año 1907. En el otoño de ese año, el 15 de octubre exactamente, Josep Carner escribe desde Madrid, a su buen amigo Jaume Bofill i Mates, a propósito de la empresa *Renacimiento* y de su adalid, Martínez Sierra:

En Martínez Sierra de fa sis o set anys està atentíssim a la literatura catalana, ha tradhuit coses nostres, ha tingut discussions catalanistes, y ara darrerament, a *Renacimiento* hi ha publicat indistintamente original català i castellà. May cap periòdich català ha donat conte del bon afecte den Martínez Sierra; no més, fa un poch, un periòdich català digué a propósito d'un número de *Renacimiento*: 'La literatura castellana està en una tan lamentable decadència, que aquella gent, per

<sup>14</sup> AZORÍN. «Aproximación a Maragall» en MARAGALL, Juan. *Los vivos y los muertos*. Barcelona: Destino, 1946, p. 15.

<sup>15</sup> Para estas notas aproximativas tengo en cuenta la excelente tesis doctoral de RODRÍGUEZ MORANTA, Inmaculada. *La revista «Renacimiento» (1907). Una contribución al programa ético y estético del modernismo hispánico*. Barcelona: UB, 2011.

omplir les seves Revistes ha de ficar coses catalanes'. Inutil és dir l'efecte qu'això causà an en Martínez Sierra. Me deya: *-Me siento catalanista en todas ocasiones, menos cuando hablo con catalanes*. Y verdaderament hem de confesar que el Catalanisme de molta gent té un cert *enfouement* absolutament inestètic y d'un candor còmic. Aquí, tot sovint sento dir atrocitats desagradables als catalanistas. Y és llàstima perquè per part de la gent intel·lectual (no més per part d'aquesta, és cert, però és l'única qu'em interessa) hi ha aquí una excel·lent disposició envers nosaltres. [...] Y els postres literats, no cal dir-ho, son estimadíssims, especialment en Maragall<sup>16</sup>.

La carta de Carner es muy significativa, pero aunque la figura de Maragall y, tal vez, la de Santiago Rusiñol, sea la referencia más querida por *Renacimiento*, lo cierto es que el contexto de *La Cataluña* es más bien el del naciente *noucentisme*, tal y como he expuesto en otros lugares. Así mismo el *Glosari* de Eugeni d'Ors reclamaba para las filas *noucentistas* a dos de los grandes artífices de *Renacimiento*, Martínez Sierra y Enrique Díez-Canedo, quienes, por cierto, escribieron sobre Maragall en las páginas de la revista, que dedicó en su segunda entrega un monográfico al poeta barcelonés. Díez-Canedo analizaba la poética y la temática de quien considera guía de la «segunda época del renacimiento literario catalán», mientras que Martínez Sierra establecía armonías entre Carlyle y Maragall de efectos apasionantes<sup>17</sup>.

Me interesa esta encrucijada de caminos culturales y literarios, en la que es faro de permanente luz la personalidad y la obra de Maragall. *La Cataluña* siempre reconoció el papel de Martínez Sierra y el grupo *Renacimiento*, también el de Francisco Acebal y *La Lectura*, pero el semanario barcelonés no era el escenario de Maragall, sino de López-Picó, Carner, Bofill, d'Ors, Pijoan, etc. Un escenario en el que se adivinaba el *noucentisme*. Por otra parte, aun con considerandos a veces segados, el pontífice del *noucentisme*, Xenius, ofrecía a los lectores de *La Veu de Catalunya* del 12 de julio de 1907 una glosa titulada «Els noucentistes espanyols». Prescindiendo de lo precipitado de la enumeración de *noucentistas* españoles, el inicio de la glosa es contundente: «*Gregori Martínez Sierra i Enric Díez-Canedo*, els més delicats artistes de la nova generació espanyola i, a la vegada, els més generosos catalanitzants de Madrid»<sup>18</sup>.

La sombra del *Glosari* es alargada. Y en ese mismo año Eugeni d'Ors dedicaría sendas glosas a Martínez Sierra (17-XII) y Díez-Canedo (18-XII). Ambas tienen un corolario que, con mejor o peor interpretación de sus obras, apunta al *noucentisme*. Para el amable Martínez Sierra: «la Poesía no en fos altra que la Voluntat de l'Alegria»<sup>19</sup>. Para Díez-Canedo, «empós per una fatalitat de pefecció»: «la Raó, el Bon Gust, la Discreció, divinitats neoclàssiques del XVIII, que els noucentistes novament coronem de jacinte i roses»<sup>20</sup>.

No es este el lugar para señalar la comunicación entre *La Cataluña* y *Renacimiento* en el tiempo común que ampara a ambas revistas. Ni tampoco para esbozar el puente que significaban los trabajos y los días de D'Ors en *La Veu de Catalunya*. En cambio,

<sup>16</sup> CARNER, Josep. *Epistolari de Josep Carner* (eds. Albert Manent i Jaume Medina). Barcelona: Curial, 1994, t. I, p. 83.

<sup>17</sup> Cf. «La revista *Renacimiento*, de Madrid, que fue una de las primeras publicaciones que acogieron con simpatía el movimiento ideológico de Cataluña» (VALENTÍ CAMP, Santiago. *Ideólogos, teorizantes y videntes*. Barcelona: Minerva, 1922, p. 295).

<sup>18</sup> D'ORS, Eugeni. *Glosari (1906-1907)* (ed. Xavier Pla). Barcelona: Quaderns Crema, 1996, p. 561.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 726.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 727 y p. 728.

es necesario y forzoso indicar el papel central de Maragall en la revista madrileña, pese a juicios un tanto simplistas como el de María Lejárrega en sus *Memorias* (capítulo «Maestros y amigos»): «Pongo muy alto al gran poeta Juan Maragall, quien, por otra parte y a pesar de su catalanismo, escribió tan exquisitas páginas en castellano»<sup>21</sup>.

Y digo simplistas, porque atendiendo a la médula del pensamiento de Maragall, la mujer de Martínez Sierra debería haber escrito: «gracias a su catalanismo». Pero esta es harina de otro costal que quizás se empezó a explicar mejor más allá de la frontera del Ebro cuando Juan Chabás publicó su magnífica biografía *Juan Maragall. Poeta y ciudadano* (Madrid, Espasa Calpe, 1935) y, sobre todo, al compás de las insinuaciones y referencias maragallianas de Dionisio Ridruejo, Pedro Laín Entralgo, Antonio Tovar y Camilo José Cela, que van de 1944 a 1960.

Enhebrado el contexto, quiero ofrecer para finalizar algunas notas sobre el papel de Maragall en *Renacimiento*, complementarias de las derivadas del epistolario de Francisco Acebal, que expuso Lluís Quintana hace algunos años. Para junio de 1906 Maragall había cerrado su segunda etapa de articulista en castellano en el *Diario de Barcelona* y no sólo le tienta Acebal, que consiguió su colaboración durante la segunda mitad del año 1907 y el año 1908, con una pareja de denominadores comunes en los artículos de *La Lectura* (la reivindicación del catalanismo y el análisis del fenómeno estético en las claves del simbolismo europeo), sino que Martínez Sierra le quiere como referencia inexcusable de su revista, en el ámbito de la lírica y de las letras catalanas, sumandos que el escritor madrileño consideró siempre solidarios en Maragall.

En la carta antes citada –comienzos de 1907– además de explicarle la naturaleza y finalidad de *Renacimiento*, le pregunta y le sugiere:

¿Quiere usted ayudarnos? Envíenos cuanto antes –porque la revista saldrá inmediatamente– trabajos en prosa ya publicados y que no hayan sido traducidos al castellano. Yo recuerdo dos –de *La Veu* me parece– admirables: uno pidiendo limosna para la Sagrada Familia y otro titulado *Entenem-nos!*

Son dos artículos que, en efecto, Maragall había publicado en *La Veu de Catalunya*. El primero «Una gràcia de caritat» (7-XI-1905) y el segundo, «Entenem-nos!» (22-XI-1906). Como se ve Martínez Sierra seguía con puntualidad el quehacer periodístico de Maragall. Precisamente el segundo artículo contiene alguno de los elementos perennes del pensamiento maragalliano, afirmando el arte popular y el fortalecimiento de la nacionalidad con ademanes generosos y solidarios:

Cal entendre's, cal entendre's... Que procurem fer penetrar l'ànima catalana en l'Europa, està molt bé; però suposar que, per a lograr això, haguem de negar lo català, està molt malamente. Perquè llavors, què hi duríem a Europa?<sup>22</sup>

Se trata de un ideario que suena a institucionista y que, desde luego, reverbera en el pensamiento del primer Unamuno. Ahora bien, conviene recordar que ni uno ni otro artículo vieron la luz en *Renacimiento*, pues el número de marzo contenía la fantasía «La Hazaña», versión castellana corregida y aumentada de «Una calaverada» (1904), para reafirmar el valor de la obra de arte como trascendente y su finalidad educativa y armonizadora de la Humanidad –si me permiten– del ideal de la Humanidad para la vida. El texto castellano ocuparía el lugar de «Preliminar» en la traducción castellana de *Elogios* (Barcelona, Gustavo Gili, 1913).

<sup>21</sup> MARTÍNEZ SIERRA, María. *Gregorio y yo. Medio siglo de colaboración* (ed. Alda Blanco). Valencia: Pre-Textos, 2000, p. 101.

<sup>22</sup> MARAGALL, Joan. «Entenem-nos». *Obres Completes. Obra Catalana*. Barcelona: Selecta, 1970, p. 763.

La posterior colaboración de Maragall en la revista se materializó con dos poemas inéditos, incluidos después en la sección «Seguit de les vistes al mar» de *Seqüències* (1911). Son la aportación que cedió a Martínez Sierra para el número lírico de *Renacimiento*, con el expreso deseo de que aparecieran en lengua catalana («Publicaré los poemas en catalán, por supuesto», le escribe Martínez Sierra). Es una aportación, por lo demás, acorde con el sustrato ético y estético krausista que anidaba en la revista por meditada decisión de Juan Ramón Jiménez, al aire de Francisco Giner de los Ríos. Maragall sintonizaba con dicho ideario, que presenta la naturaleza como correlato de la bondad y la belleza divinas, al tiempo que se convierte en catalizador de la regeneración artística y vital.

Joan Maragall, a la altura de 1907, ofrecía a los lectores de *Renacimiento* (también de *La Lectura*) algunos de los elementos invariables de su ética-estética. Sin duda era atinado el elogioso juicio de Martínez Sierra en las páginas del segundo número de la revista. Joan Maragall era un maestro que enseña, que catequiza:

Y catequiza rimando en el periódico justicia con belleza, amor con patriotismo, serenidad con fe, hablando en catalán y en castellano. Barcelona –España con ella- le ha tenido diez años por maestro. ‘¡Oh, feliz la ciudad que tiene una montaña al lado!’ –dice al principio de una de sus lecciones; y debemos nosotros decir –¡Feliz el pueblo que tiene un adocrinador poeta al pie de la montaña!<sup>23</sup>

---

<sup>23</sup> MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio. «Opiniones». *Renacimiento*, II (1907), p. 263.